

Un signo de nuestra pertenencia

¡Disfrutemos el verano!

A veces creemos que para orar necesitamos muchas palabras. No es así. Dios conoce el fondo de nuestras intenciones y los deseos de nuestro corazón. Cuando al comenzar el día y al terminarlo nos persignamos con la señal de la cruz, estamos diciendo a quién pertenecemos y que nuestra fuerza vital nos viene de los sacramentos.

Al hacer la señal de la cruz decimos en voz alta o silenciosa: “En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén”. Así consagramos a Dios todo lo que realizamos en nuestra vida a la gloria de Dios. Abrazamos el amor de nuestro Padre con confianza total, abrimos las puertas de nuestro corazón a la gracia de nuestro Salvador Jesucristo, e invocamos la fuerza del Espíritu Santo que fue derramado sobre nosotros al momento de nuestro bautismo y confirmación.

Deles ejemplo de seguridad y confianza; persígnese para orar al bendecir los alimentos.

Del bautismo emana ese gesto tan poderoso. En la montaña de Galilea, Jesús dijo a sus discípulos: “Vayan y hagan discípulos entre todos los pueblos, bautícenlos consagrándolos al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo...” (Mateo 28:19). En el rito del bautismo, el sacerdote hace la señal de la cruz en la frente del infante (o del adulto), e invita a los padres y a los padrinos a hacer otro tanto. Después de la inmersión en agua, se volverá a repetir este poderoso gesto pero con Crisma sobre el recién bautizado. En ese momento se ora “para que, incorporados a su pueblo, sean para siempre miembros de Cristo Sacerdote, de Cristo Profeta y de Cristo Rey”.

Al integrar en nuestra vida diaria la señal de la cruz que afirma nuestro bautismo y lo recuerda, estamos aprovechando una fuente de poderosas bendiciones. Usted puede hacer sobre la frente de sus hijos la señal de la cruz para bendecirlos, como muchos padres, por ejemplo, al concluir la oración para ir a dormir, o cuando van a salir a la escuela, o cuando van a tener un examen o una competencia deportiva o alguna actividad extracurricular. Deles ejemplo de seguridad y confianza; persígnese para orar al bendecir los alimentos, incluso en lugares



públicos. Pero también pida a sus hijos que le bendigan a usted, si está pasando por un tiempo de dificultad o de desánimo. ¡Todos los bautizados hemos sido consagrados y todos podemos bendecir!

Como toda oración litúrgica, nuestra vida entera está sostenida por la señal de la cruz. Al recibir la Unción de los Enfermos, se nos signa con óleo santo, el Óleo de los Enfermos. Y aunque no es parte formal de ningún ritual, muchos familiares hacen la señal de la cruz en la frente de sus seres queridos, antes de cerrar el féretro por última vez. Igual que para nuestra vida terrena fuimos puestos en Cristo al momento del bautismo, también al término de ella somos puestos en Cristo, para la vida eterna.

La señal de la cruz inscrita en nuestro cuerpo mediante ese gesto tan simple, nos recuerda quiénes somos y a quién pertenecemos.